

# «¿En qué circunstancias has tenido una verdadera experiencia de unidad con los demás?»

## «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

# 13. La comunidad nueva

por Luigi Giussani\*

La soledad, tal como la hemos descrito, acerca al hombre a los demás y le familiariza con ellos en la experiencia de la necesidad universal; la comunidad que surge de ahí es como la única experiencia de refugio, de dulzura pasajera y de seguridad concreta para gente desorientada.

Los intentos de remediar todo lo que sentimos que nos falta consisten en un trabajo ansioso, de resultados ambiguos y frágiles, que cada generación se atormenta en denunciar y cambiar, cuando, como a menudo sucede, «la ira de su búsqueda estéril»<sup>1</sup> impulsa al hombre a impacencias impulsivas, a violencias amargas y a presunciones trágicas. La civilización humana crea de este modo comunidades con tramas tan precarias e ilusorias que parecen trampas, en lugar de huellas para seguir un camino real.

La superación de la soledad en la experiencia del Espíritu de Cristo no une simplemente al hombre a los demás, sino que le abre de par en par a ellos desde la profundidad de su ser.

La verdadera vida del hombre, el sentido de la existencia de cada uno es entonces Cristo: la vida y el sentido de todos es una sola realidad. «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos»<sup>2</sup>. La comunidad se convierte en algo esencial para la vida de cada uno. La solidaridad humana se transforma en Iglesia. El «nosotros» se convierte en plenitud del «yo», en ley de la realización del «yo». «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos»<sup>3</sup>, escribe san Juan a los primeros cristianos.

Una unidad tan absolutamente imprevisible como indisoluble hace de la Iglesia la redención de la comunidad humana, el ideal realizado de la comunidad. «Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado»<sup>4</sup>.

La certeza del camino y la fuerza del Espíritu animador generan en dicha comunidad una diligencia sin pausa («Os digo que de toda palabra ociosa que habléis daréis cuenta en el día del Juicio»<sup>5</sup>), una laboriosidad indomable (meditemos nuevamente la parábola de los »

<sup>1</sup> Giovanni Pascoli, *Primi Poemetti*, «El libro».

<sup>2</sup> Jn 15,5.

<sup>3</sup> 1 Jn 3,14.

<sup>4</sup> Jn 17,21.

<sup>5</sup> Mt 12,36)

\* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 89-92.

» talentos), donde la entrega llega hasta la muerte (el buen pastor da la vida por sus ovejas). Una fecundidad y una intensidad de obras, así como un orden íntimo, impulsan desde el fondo la vida de la comunidad que nace del advenimiento del Espíritu: «Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina»<sup>6</sup>. Esta vigilante pasión por el tiempo, por las cosas, por las personas, recrea la convivencia de los hombres entre ellos y con las cosas. *La comunidad cristiana crea inexorablemente una nueva civilización.*

Y cuanto más precisa es la fidelidad al Espíritu de Cristo, más se experimentan las tramas de esta civilización como caminos ideales y definitivos.

El encuentro con cualquier comunidad cristiana que trate decididamente de vivir en el nombre de Cristo muestra inevitablemente un modo de convivencia, un clima y un ritmo humano tan distinto del usual, que no puede dejar de impresionar a quien lo observa como algo nuevo, extraño, desconcertante, como el ideal humano.

---

<sup>6</sup> 2 Tm 4,1-2.